

Lecturas de afkar/ideas



Un historiador en Gaza. Jean-Pierre Filiu, *La Cebra, Adrogué, 2026, 192 páginas*

La indignación y el horror ante cualquier práctica genocida tiene fecha de caducidad. Nuestras conciencias no pueden verse permanentemente atrapadas ante el terror infligido sobre víctimas civiles, y el progresivo olvido parece ser un bálsamo colectivo ante el dolor que ha sido transmitido a través de nuestras pantallas. Pero para que el olvido no actúe como cómplice de los responsables del daño cometido, es importante documentar lo sucedido. Cuando las tropas norteamericanas entraron en los campos de concentración de la Alemania nazi, ordenaron recopilar documentos, imágenes y testimonios que servirían en los posteriores procesos judiciales, así como para evitar que lo sucedido pudiera olvidarse. Hoy nos encontramos en el mismo momento forense respecto a lo ocurrido en Gaza y Cisjordania, y las acciones llevadas a cabo por el ejército israelí siguiendo órdenes de Benjamín Netanyahu. Entidades como Forensic Architecture, de la Goldsmiths-University of London, creada en 2010 por iniciativa del arquitecto israelí Eyal Weizman, están documentando la destrucción padecida en la Franja de Gaza, y sus estudios están siendo incorporados a la instrucción de la causa por genocidio presentada

por Suráfrica contra Israel en la Corte Internacional de Justicia por genocidio.

El historiador y diplomático francés Jean-Pierre Filiu pasó en Gaza 34 días, entre diciembre de 2024 y enero de 2025, como miembro de Médicos sin Fronteras. Como escribe al inicio de su libro, "nada me preparó para aquello que he visto y he vivido en Gaza". Y que esto lo diga alguien que conoce bien este enclave palestino con estancias regulares desde 1980, dota de mayor importancia su testimonio. Lo que recoge Filiu en este libro es el testimonio de una destrucción inaudita, con más de 75.000 víctimas, unos dos millones de personas desplazadas en un exiguo territorio, y en el que el 87% de las viviendas e infraestructuras han sido totalmente destruidas por la acción del ejército israelí. Una catástrofe humanitaria que desborda el dolor vivido en la Nakba de 1948.

Filiu suspende todo análisis académico, y se convierte en testigo de un episodio más de la interminable guerra de Israel contra la Franja de Gaza, más que contra Hamás, que sirve de excusa al gobierno de Netanyahu para arrasar todo el territorio, cementerios incluidos. Y es que la violencia contra los muertos siempre se dirige hacia los vivos, pues pretende acabar con todo rastro de la presencia palestina en ese territorio. Las acciones contra hospitales, escuelas y universidades de Gaza poco tienen de justificación militar, y son contrarias a la Convención de Ginebra. Pero poco importa cuando las redes sociales difunden imágenes de soldados israelíes maltratando y humillando a gazatíes, en plena escalada de deshumanización.

En la presentación de su libro en Barcelona, Filiu reconoció que fue a Gaza porque sabía que no sabía lo que estaba pasando, pero la realidad que observó apenas dejó algún resquicio a la imaginación. Todo desafía las palabras. El pueblo de Gaza, de nuevo, como rehén de la disputa entre Israel y Hamás, y además padeciendo todos los efectos paralelos del pillaje de una ayuda humanitaria escasa y mal planificada, con un mercado negro de productos de primera necesidad, y con multitud de amenazas a su ya precaria salud colectiva. La Organización Mundial

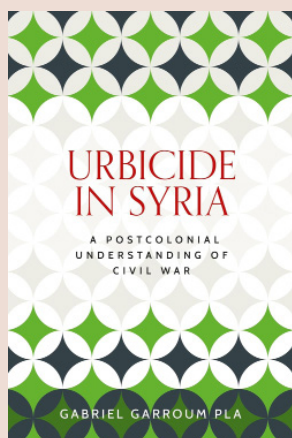
de la Salud vaticinó que la mayoría de los niños y niñas de este territorio padecerán secuelas traumáticas. Gaza se siente abandonada por el mundo, y ya es tiempo de decir que en Gaza no hubo una guerra sino un intento de genocidio. Y eso deberá ser discernido por parte de la justicia global, a pesar de que sus culpables quieran buscar subterfugios legales para evitar ser juzgados. No habrá suficientes abogados para disipar la culpa moral de todos aquellos que alentaron la eliminación de casi el 2,5% de la población gazatí.

Pero, a más pesar de los palestinos, Gaza se ha convertido en un escenario en el que observar la derrota de la diplomacia y el desprecio del derecho Internacional, y al mismo tiempo ha sido el campo de prueba de la hipertecnificación de la guerra, o del control biométrico masivo de las poblaciones. Para Filiu, la acción del ejército israelí en Gaza tras la masacre del 7 de octubre de 2023 responde a un conjunto de guerras existenciales que hoy en día están ocupando la escena global, desde Ucrania con Rusia a Irán con EEUU, en el que los atacantes sostienen su *lebensraum* geopolítico. Un escenario inquietante para toda la Humanidad.

Si el libro de Jean-Pierre Filiu fue difícil de escribir, aún es más duro de leer. Pero como testimonio directo (un privilegio entre tanta víctima, tal como él mismo reconoce), merece ser tenido en cuenta para reportar lo que ocurrió (y sigue ocurriendo). Filiu nunca se envuelve en la bandera de un humanitarismo banal, no aprecia brotes verdes ni en la tierra arrasada de Gaza ni en la conciencia internacional ante lo sucedido. Es ahora cuando sacuden como nunca las amargas palabras de Susan Sontag: "siempre que sentimos simpatía, sentimos que no somos cómplices de las causas del sufrimiento. Nuestra simpatía proclama nuestra inocencia, así como nuestra ineficacia". Sontag se refería a la guerra de Bosnia, y al desdén internacional por la suerte de Sarajevo. Bien podría aplicarse al caso de Gaza y Palestina su apelación a reflexionar "sobre cómo nuestros privilegios están ubicados en el mismo mapa que su sufrimiento, y pueden estar vinculados –de maneras

que acaso prefiramos no imaginar”. Por ello y por muchas cosas más, nunca dejemos de hablar de Gaza.

— *Jordi Moreras, profesor agregado Serra Húnter, departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social, Universitat Rovira i Virgili*



Urbicide in Syria. A Postcolonial Understanding of Civil War.

Gabriel Garroum Pla, Manchester University Press, 2025. 250 páginas

Los 14 años de conflicto armado en Siria han dejado un territorio devastado. Barrios y pueblos enteros fueron borrados del mapa. Millones de casas inhabitables. Hospitales, escuelas y otras infraestructuras básicas, destruidas.

Cuando en 2011, siguiendo la estela de las primaveras árabes, los sirios salieron a la calle pidiendo libertad, justicia y el fin de la corrupción y el terror, la respuesta del régimen de Bashar al Assad fue la represión. Manifestantes, activistas y disidentes se enfrentaron a arrestos, torturas, desapariciones y asesinatos mientras el conflicto se militarizaba. Pero la violencia también se cebó con los espacios físicos, bajo el pretexto de acabar con la oposición. Sus habitantes fueron asesinados o desplazados.

La ciudad de Alepo, entonces la más poblada del país, fue una de las que conoció la ruina y la desesperanza. La ofensiva rebelde llegó a la ciudad en 2014, y en su afán para frenar su avance, el régimen empleó violencia masiva. Con tanques y desde el aire, las fuerzas de Al Assad bombardearon

sistemáticamente los barrios orientales, bajo control opositor, que fueron brutalmente asediados a finales de 2016, poco antes de la derrota y marcha de los rebeldes. Algunas estimaciones calculan que más de un tercio de los edificios de la que antaño había sido una capital del comercio internacional fueron dañados o destruidos. Si uno hubiera observado Alepo desde el cielo en aquellos días, se habría encontrado con una imagen sorprendente: un oeste de la ciudad en pie, aparentemente normal y bullicioso, al lado de los barrios del este, arrasados y vacíos. El régimen sumaba una victoria importante con esa batalla. Pero para conseguirla, había perpetrado un urbicidio, es decir, la destrucción deliberada del espacio urbano como un instrumento de dominación política.

Entre los que perdieron algo en Alepo está Gabriel Garroum Pla, autor del libro *Urbicide in Syria. A Postcolonial Understanding of Civil War*. Es de Barcelona, pero nacido en una familia medio siria. Durante los combates, su casa familiar en el barrio alepín de Al Jdeideh fue allanada, saqueada y destruida. Garroum Pla decidió transformar ese duelo en conocimiento. El episodio le llevó a preguntarse “cómo la destrucción de casas, plazas, calles e infraestructuras, así como la militarización de los espacios cotidianos, transformó no solo el Estado sirio sino también a su gente y sus identidades políticas. ¿Qué cambia cuando el entorno cotidiano es brutalmente desgarrado? ¿Qué políticas e identidades emergen de los espacios en ruinas?”.

Estas son algunas de las preguntas a las que quiere responder a lo largo del libro, este profesor lector de la Universidad Pompeu Fabra, y doctor en Estudios de la Guerra por la King's College de Londres. Para ello, se centra en el estudio de dos casos: Damasco –la capital siria– y Alepo.

Estos ejemplos le sirven a Garroum Pla para desarrollar su tesis central: la destrucción urbana en Siria no fue un efecto secundario de la guerra, sino un instrumento deliberado del gobierno; una forma de eliminar no solo a sus opositores sino a comunidades enteras y a su

capacidad de acción política. Destruir casas, calles, hospitales, escuelas y mezquitas era también destruir comunidades, identidades y memoria colectiva. A eso, el autor le llama urbicidio.

El concepto no es nuevo, de hecho, nace en Estados Unidos para explicar la violencia hacia la ciudad vinculada a procesos de desarrollo urbanos. Y ya se aplicó a conflictos como el de la antigua Yugoslavia, en los años noventa. Pero Garroum Pla le añade una perspectiva nueva, la poscolonial.

La violencia espacial del régimen de Al Assad –argumenta– no puede entenderse sin el legado del Mandato francés, que explotó y profundizó las fracturas sectarias y regionales de la sociedad siria para consolidar su dominio. Lo que Al Assad hizo en Alepo o en suburbios de Damasco como Ghouta no era una anomalía: era la continuación de una lógica de dominación que viene de lejos. En esta línea temporal encontramos también la brutal represión de su padre, el dictador Hafez, contra la ciudad de Hama a inicios de los años ochenta. Es una expresión de lo que el filósofo Achille Mbembe –muy presente en el libro– llamó necropolítica, el poder de decidir qué poblaciones son prescindibles y pueden ser condenadas a muerte o a la expulsión.

Esta lectura permite al autor poner sobre la mesa otro elemento fundamental: que la reconstrucción posbélica es también un acto político. A través de decretos y leyes, el régimen decidió quién podía volver y quién no. Los barrios arrasados no se reconstruyeron igual para todos. El espacio urbano, en definitiva, lejos de ser un elemento neutro, fue escenario de una depuración política y social.

Sin embargo, Garroum Pla no nos habla de los sirios solo como víctimas pasivas del urbicidio. También pone de relieve su resistencia ante este suceso. Se reapropiaron de plazas y calles, generaron nuevos espacios, documentaron la memoria de sus barrios destruidos e imaginaron de nuevo su comunidad política, incluso desde el asedio y desde el exilio.

Además, lo que distingue a *Urbicide in Syria* de otros análisis académicos sobre la guerra siria es que Garroum Pla no construye su argumento solo desde la teoría.

El libro se nutre de entrevistas con sirios, de investigación archivística y de expresiones artísticas y literarias, que aproximan a los lectores a la experiencia terrible de la destrucción. El resultado es un texto que, sin renunciar al rigor académico, no pierde de vista la dimensión humana.

Se trata, pues, de un trabajo imprescindible para adentrarnos en una dimensión del conflicto en Siria poco conocida hasta ahora, y cuya importancia es cabal en la nueva etapa política que se abre en el país, tras la caída de Al Assad en diciembre de 2024, y con la ingente tarea de la reconstrucción por delante. Pero también lo es en un momento en que vivimos nuevos urbididos, algunos tan próximos como el de Gaza. El libro de Garroum Pla nos permite mirar hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Y también nos pone, como sociedad, frente al espejo.

— *Oriol Andrés Gallart, periodista y autor del libro 'Siria. Els rostres de la revolució'*



Gaza. Poemas contra el genocidio. Edición, selección y traducción del árabe de Ignacio Gutiérrez de Terán, *Ediciones del Oriente y del Mediterráneo*, 2025, 190 páginas

En 1953 Rafael Alberti preguntaba: "¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?". Una pregunta que, *mutatis mutandis*, podría dar lugar a diversas antologías poéticas. En este caso se trata de una selección de breves textos, acopiados, seleccionados y traducidos por

Ignacio Gutiérrez de Terán. Se deben a 30 poetas, varones y mujeres, casi mitad por mitad, a quienes se presenta en breves semblanzas.

Los completan dos breves ensayos: uno del propio antólogo y otro del palestino Ali al Amiri. Los poetas mantienen vínculos con Gaza por nacimiento o residencia, por haber sido desterrados de allí o por haber sufrido las consecuencias de la aniquilación multitudinaria de la que venimos teniendo noticia estos años.

Tres de quienes aparecen en el libro han encontrado la muerte violenta en Gaza desde 2023. Las poetas Hiba Abu Nada y Maryam Hegazi, y el poeta Salim al Naffar. La presencia de personas asesinadas en una antología nos permite adivinar la respuesta a la pregunta con que parafrasearíamos a Alberti: ¿de qué hablan los poetas palestinos (o gazatíes) de ahora? Hablan de muerte.

Los autores de los dos ensayos que enmarcan la antología expresan la inquietud ante la posibilidad de que la poesía no sirva para nada. Ali al Amiri se lo pregunta de manera expresa: "Para qué hacer poesía en Gaza", y su respuesta podría alinearse con la idea de Gabriel Celaya, quien dijo: "la poesía es un arma cargada de futuro". Esperanza parece albergar también el antólogo, quien acaba su introducción diciendo: "No dejemos que ocurra". Se refiere a la imagen de Gaza como una "fosa común", título de uno de los poemas recogidos, de Yazid Yabar Shaath, un joven poeta de 24 años, que se presentaba así en junio de 2025: "Escribo poesía en un intento de documentar el padecimiento en que vivimos y reflejar el dolor, la pérdida y el desamparo que llevamos arrastrando desde hace más de un año y medio. Un inmenso fardo de muerte y desolación".

De modo que la muerte puede también cantarse por motivos ajenos al intento de prevenirla. El duelo impone sus propios ritos. Uno consiste en llorar al ausente, algo que no está del todo reñido con el humor, como muestra la libanesa-palestina Maya Abu Alhayyat, que canta a su amado evocando al hijo que ya no podrá tener con él porque a aquel lo asesinaron ("Mahmud podría haber sido nuestro hijo; / yo me habría opuesto a ese nombre /

pero tú habrías insistido por razones familiares."). Otro de los ritos verbales de la muerte consiste en rememorar, intento de devolverles algo de vida a quienes hemos perdido. En la antología hay varias invocaciones de quienes ya no están, como en el poema de Maryam Qawsh ("Hoy ha sido asesinado el mártir fulano y su madre, y su padre, y sus hijos, y todos los que vivían en el edificio, y su memoria, y sus sueños, y sus días por venir y los días que vinieron...").

He leído esta antología en papel, no en formato digital. Un libro es un prisma rectangular, como las tumbas, las fosas, las lápidas. Quienes nos acercamos a este libro nos incorporamos a los ritos de la muerte. Los poetas contaban con nosotros y nosotras. Lo ha dejado escrito Yahya Ashour ("ahora el mundo está despierto, muy despierto: / unos bailan, otros cantan, / algunos, pocos, leen lo que les alcanzan de nuestras cosas / y los menos se manifiestan en sus ratos libres."). También cuentan con nosotros y nosotras para que hagamos algo, pues, como dice Hind Joudah, "hacer poemas bajo las bombas es una llamada de auxilio". El mundo participa, pues, en estos ritos, evocando a quienes cayeron, compartiendo en alguna medida el dolor de quienes siguen con vida, a menudo en desplazamientos forzosos, de los que vuelve a ser símbolo de otro prisma rectangular, la maleta, que aparece en alguno de los poemas. Añadamos la jaula, a menudo rectangular y reflejo de la realidad que se vive en Palestina, tal como la describe Nasser Rabah en "Abramos todas las jaulas". Y la geometría reaparece de otro modo, explicitado por Ali al Amiri, al negarse a admitir que la aniquilación y el destierro sean consecuencia de una guerra, pues las guerras solo se dan entre dos bandos simétricos.

La traducción de estos poemas estaba justificada, casi exigida. Los poetas de Gaza, tal como hace Amal Abu Asi, nos interpelan a todos y a todas ("Mundo, / no te pienses que nos vamos a acostumbrar / a estas tiendas de campaña.").

— *Salvador Peña Martín, traductor del árabe y profesor en la Universidad de Málaga*



Maneras de ser Palestina.
Antología de nuevas poetas.
 Edición y traducción de Luz Gómez. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2025, 156 páginas

No es fácil reseñar una antología de poesía. Menos aún, una antología de poesía palestina. Más complejo todavía es reseñar una antología de poesía palestina escrita por mujeres.

Cuando se habla de Palestina y, especialmente, desde el genocidio en curso desde octubre de 2023, es habitual preguntarse sobre el papel o, incluso, el sentido, de la creación artística en un contexto de extrema violencia. ¿Qué pueden hacer las palabras, la poesía, frente a la destrucción y la deshumanización total? Como apunta la traductora y editora Luz Gómez en el prólogo de *Maneras de ser Palestina. Antología de nuevas poetas* (2025), la poesía en Palestina tiene un estatuto particular, ya que “los versos de sus poetas han sido, desde la Nakba inicial, una herramienta fundamental para luchar contra la desposesión del pueblo palestino a manos de Israel”. La poesía en Palestina no solo se escribe. Se canta, se vive, permanece. Se convierte en himno. Es un arma contra el culturicidio.

Esta pregunta, planteada con diversos matices, atraviesa las poéticas que las propias poetas redactaron con motivo de esta antología. Escriben para aferrarse a la belleza, a la verdad, a la vida... a la humanidad. “La poesía es mi única vía de escape [...] para dirigirme a la vida que crece en mi interior”, afirma

Hala Shrouf, “La poesía ha sido y sigue siendo una especie de grito, como si estuviera pidiendo ayuda”, dice Maya Abu al Hayat. Asmaa Azaizeh, recuperando la genealogía poética de la resistencia, reconoce que la poesía es necesaria para “resistir a la injusticia con la verdad, a la fealdad con la belleza y al odio con el lenguaje”. O, en palabras de Mona Musaddar, “con mi poesía he querido decir que soy un ser humano más allá del genocidio, que me niego a que se me mitifique, se me convierta en un arquetipo y se normalice mi muerte gratuita”.

Esta antología reúne poemas escritos por 15 poetas nacidas entre 1977 y 2005, a las que Luz Gómez denomina “nuevas poetas palestinas”, por el giro hacia lo personal y cotidiano que se observa en su poesía respecto a la generación anterior. Cada selección de poemas va precedida de una breve biografía de la autora con su foto, así como una poética redactada por ellas mismas, menos en el caso de Ghada Shafii, en paradero desconocido, y Hiba Abu Nada, asesinada en 2023 durante un bombardeo israelí al campamento de Jan Yunis.

El tono de los poemas que reúne la antología se va recrudeciendo según nos acercamos a las autoras más jóvenes. Las poetas hablan, inevitablemente, de la muerte, como Samar Abd al Jaber, que sentencia que los muertos “en sus sepulturas / no ven vuestras caras, / no oyen lo que decís en vuestras visitas anuales, / no huelen los ramos de flores que les lleváis.” Reivindican también el derecho a morir dignamente, como Batool Abu Akleen: “Quiero una tumba. / No quiero que mi cuerpo se pudra en una cuneta”. Y está presente, además, la violencia, los continuos ataques armados que evoca Hiba Abu Nada: “La noche de la ciudad es oscura, salvo por el brillo de los misiles. / Silenciosa, salvo por el sonido de los bombardeos”.

Así mismo, los poemas hablan de lo desgarrador de la maternidad en Palestina: “Para ser una madre palestina/ tienes que aprender cuatro cosas muy simples: / cómo se abraza a un hijo herido / hasta que se desangra. [...] Tienes que ser gata, / cocodrilo / y avión, / una coraza / y el techo de una jaima”,

escribe Maya Abu al Hayat. En ellos, leemos también sobre la genealogía familiar que acaba en el exilio, como en este poema de Jumana Mustafa: “Los parimos, y siendo pequeños todavía, los enviamos lejos, antes de que la tierra los llamara. Por billetes de veinte dinares los cambiamos, a nuestros hijos; por fotos a color, a nuestros nietos. Eran tiempos difíciles. Así lo cuenta la historia.”

Pero, sobre todo, las poetas escriben sobre la vida. Sobre el derecho a la vida, como reivindica Neama Hassan: “No sé cuándo el trigo aprendió a hacerse fusil y cómo el mundo se ha convencido de que hemos aprendido a ser muertos. / Lo que yo sé es que a mis hijos y a mí se nos da bien la vida...”. O también, de la simple cotidianeidad de la vida, de la que habla con cierta fascinación Dalia Taha: “Esa es la gracia, / estar vivo, / sentir curiosidad por los que te rodean, / estar vivo y no entender muy bien qué significa”. Y como parte de la vida, está también presente la rabia, la rebeldía, la resistencia: “Cada vez que intento escribir, aparece Gaza con su jeta rebelde... Y alza los dedos en señal de victoria” concluye Neama Hassan.

La forma en la que está concebida la antología permite que, en la lectura, se establezca un vínculo directo con las poetas, olvidando prácticamente el rol mediador de la traducción. Cabe destacar la cuidada traducción de Luz Gómez que mantiene el tono poético con naturalidad y delicia a lo largo de toda la antología. Resulta preciso reconocer esta labor, en ocasiones denostada. En concreto, Luz Gómez es conocida y reconocida por su trabajo de difusión de la poesía palestina en lengua española, especialmente la obra literaria del ineludible Mahmud Darwish, poeta cuya influencia, por cierto, reconocen muchas de las autoras de la antología, citándolo en sus poéticas o en sus poemas.

No es de extrañar que resulte complejo reseñar *Maneras de ser Palestina. Antología de nuevas poetas*. Su lectura es a la vez un puñetazo en el estómago y un soplo de aire fresco.

— Ana González Navarro, profesora e investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid